

El fin último de un largo día

Mario León Mejía Borja

Siempre he opinado que lo que más desea una persona al final del día, es llegar a su casa, específicamente a su habitación. Para algunos es sencilla y para otros, lujosa. La habitación es el lugar donde todos queremos llegar y es esta la razón por la que he decidido escribir sobre el nido del hombre.

Mi habitación no tiene lujos; solo lo necesario para mi vida actual: Libros, caja de colores, computador, implementos de aseo personal, zapatos, uniformes y mi bata de laboratorio. Me gusta mirar la bata, durante algunos segundos, todos los días. Eso me recuerda lo afortunado que soy de poder estar en la universidad. Al lado derecho de mi cama, hay una ventana. Desde allí se divisan las casas de una montaña. Es el barrio Siloé. En la parte más alta de la montaña, está la estatua de un Jesús muy grande, similar al de Río de Janeiro. Además de sentirme en Brasil puedo darme cuenta de la desigualdad social, y eso inevitablemente me lleva a filosofar.

La persona que vivió antes en este cuarto en el que estoy hace dos meses, dejó muchos stickers pegados en el cielo raso, que brillan como estrellas cuando todo está oscuro. Así que cada noche cuando apago la luz del cuarto, contemplo un firmamento lleno de constelaciones, que disfrazan el techo. Eso también me hace filosofar. Mi habitación es un lugar fascinante. Allí puedo pensar, descansar, ser astrónomo y relajarme para comenzar un nuevo día. Es mi propio espacio.